

si ya las Aulas unanimente los tienen descartados? Qué Phylosofo de nuestras Escuelas Catholicas se ha visto declinar à la Idolatría, ni al Ateismo? Si se me responde con Lucilio Vanini, repongo, que éste no estudió à Aristóteles, como se enseña en las Aulas, sino como lo comentó Averroes.

71. Otra objecion especiosa hacen los modernos contra Aristóteles; y es, que por sus escritos nadie se puede hacer Physico, ó Phylosofo natural; porque quanto enseñó en los ochos libros de Physicos es pura Metaphysica. Respondo, que en esto acaso procedió Aristóteles con mas sobriedad, que muchos de los Phylosofos, que le precedieron. Lo mismo digo de los que hoy siguen à Aristóteles, respecto de los que abrazan alguno de los systemas modernos. Yo estoy pronto à seguir qualquier nuevo systema, como le halle establecido sobre buenos fundamentos, y desembarazado de graves dificultades. Pero en todos los que hasta ahora se han propuesto encuentro tales tropiezos, que tengo por mucho mejor prescindir de todo systema Physico, creer à Aristóteles lo que funda bien, sea Physica, ó Metaphysica, y abandonarle siempre que me lo persuadan la razon, ó la experiencia. Mientras el Mar no se aquieta, es prudencia detenerse à la orilla. Quiero decir: Mientras no se descubre rumbo, libre de grandes olas de dificultades para engolfarse dentro de la naturaleza, dicta la razon mantenerse en la playa sobre la arena seca de la Metaphysica.

RE-

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA 163

REFLEXIONES
SOBRE LA HISTORIA.

DISCURSO OCTAVO.

§. I.

EN orden à la Historia hay el mismo error en el vulgo, que en orden à la Jurisprudencia: quiero decir, que estas dos facultades dependen unicamente de aplicacion, y memoria. Creese comunmente, que un gran Jurisconsulto se hace con mandar à la memoria muchos textos, y un gran Historiador leyendo, y retiniendo muchas noticias. Yo no dudo, que si se habla de sábios de conversacion, è Historiadores de corrillo, no es menester otra cosa. Mas para ser Historiador de pluma, ¡ò Santo Dios! solo las plumas del Fenix pueden servir para escribir una Historia. Dixo bien el discretisimo, y doctisimo Arzobispo de Cambray el Señor Salinat, escribiendo à la Academia Francesa sobre este asunto, que *un excelente Historiador es acaso aun mas raro que un gran Poeta.*

De hecho los Criticos no han sido tan dificiles de contentar de parte de la Poesía; como de parte de la Historia. Exceptuando uno, ò otro exquisitamente melindroso, todos convienen en que fueron excelentisimos Poetas, y sin defecto alguno, por lo menos notable, un Homero, un Virgilio, un Horacio; y à Ovidio, Catulo, y Propertio concederian la misma gloria, si la lasciva impureza de sus expresiones no empañará el tersisimo lustre de sus versos. Pero en los Historiadores, ¡ò qué difícil, y severa se muestra la critica, aun quando examina los mas sobresalientes! El mismo Prelado, que acaba nos de citar, nota la falta de unidad, y orden en Herodoto, juzga à Xenofon-

fonte mas Novelista que Historiador; y es dictamen comun, que en su Historia de Cyro, no tanto miró à referir los verdaderos echos de este Príncipe, como à dibujar con colores mentidos un Príncipe perfecto. Concede à Polybio el razonar admirablemente en lo Politico, y Militar; pero dice que razona demasiado. Celebra las bellas arengas de Thucydides, y Tito Livio, pero las culpa por muchas, y por obras de su invencion, no de aquellos en cuyas cabezas las ponen. Culpa à Salustio, que en dos Historias muy cortas introduxese tanta pintura de personas, y costumbres. En Tacito reprehende la brevedad afectada, y la audacia de discurrir las causas politicas de todos los sucesos: defecto, que asimismo reconoce en Enrico Catherino.

3 En estos mismos grandes Historiadores encuentran otros criticos otras faltas. Plutarco notó à Herodoto de invidio, y maligno contra la Grecia. El que mezcló muchas fabulas es dictamen comun: en tanto grado, que hay quien en vez del magnifico atributo de Padre de la Historia, le dá el de padre de la fabula. Dionysio Halicarnaseo niega esplendor, y magestad al estilo de Xenofonte; añadiendo, que si tal vez quiere elevar la elocucion, al punto, no pudiendo sostenerse, desmaya. Vosio nota la incuria del estilo en Polybio, y el Padre Rapin, el que frecuentemente rompe con reflexiones morales el hilo de la narracion. El mismo Vosio acusa de duro, y lleno de hyperbatos el estilo de Thucydides. Erasmo halló algunas contradicciones en Tito Livio. Asinio Pollion notó el genio de la locucion Patavina en su estilo Romano. Muchos, y con razon, le culpan tanto amontonar de prodigios. A Salustio llamó Aulo Gelio *inocador de voces*. Y el ilustrisimo Cano le reprehende de que dexó torcer algo la pluma hácia donde la llevaban sus propios efectos, como se vé en haber callado algunas cosas gloriosas de Ciceron, porque no estaba bien él. A Carlos Sigonio pareció aspera la elocucion de Tacito, y el Padre Causino vino à decir lo mismo con otras voces. Pedro Bayle convenció de contrarias à la verdad tal qual narracion de Enrico Catherino.

¿Quién

4 ¿Quién, à vista de esto, tomará la pluma, sin temblarle la mano para escribir una Historia? Quién, viendo censurados estos supremos Historiadores, se juzgará esento de censura?

§. II.

5 Pero aun es mas digno de consideracion lo que sucedió à Quinto Curcio. Pareció la Historia de Alexandro de este Autor poco mas há de tres siglos, hallandose su manuscrito en la Bibliotheca de San Victor. Aun no se sabe con certeza quién fue este Quinto Curcio, ni en qué tiempo vivió. Unos le creen contemporaneo de Augusto, otros de Claudio, otros de Vespasiano, otros de Trajano, segun aprenden su estilo mas, ó menos conforme à la antigua pureza latina. Y no faltan quienes juzguen, que no hubo tal Quinto Curcio, sino que este es nombre supuesto, debaxo del qual se escondió algun Autor moderno, por conciliar mayor estimacion à su Historia con el nombre antiguo Romano, adelantandose algunos à apropiarse esta Obra al Petrarca. Uno de los fundamentos, y el mas fuerte para esta conjetura, es no hallarse citado Quinto Curcio por algun Autor de quantos hubo por espacio de mil y quatrocientos años, contados desde Augusto. Sin embargo, à otros hace mas fuerza la pureza del estilo, pareciendoles que há mas de mil y quinientos años, que no hubo Autor que escribiese tambien el idioma latino; y así están firmes en que el Escritor de esta Historia es coetaneo à alguno de los primeros Cesares. Sea lo que fuere en orden à esto, la Historia que anda con el nombre de Quinto Curcio, estuvo recibiendo continuos elogios por espacio de tres siglos, sin que nadie hiciese memoria de ella, sino para aplaudirla, hasta que poco há cayó en las manos de un Critico moderno, que aplicandose à examinarla con especial cuidado, la halló llena de defectos substanciales.

6 Este fue el famoso Juan Clerico, que ingiriendo al fin del segundo Tomo de su Arte Critica una dilatada censura de Quinto Curcio, le acusó, y probó la acusacion

Tom. IV. del Theatro. L3 507

sobre los capitulos siguientes: Que fue muy ignorante de la Astronomia, y Geografia: Que por acumular en su Historia cosas admirables, escribió muchas fabulas: Que describió mal algunas cosas: Que cayó en contradicciones manifiestas: Que escribió algunas cosas inútiles, omitiendo otras necesarias: Que por ostentar su eloquencia cayó en la impropiedad de poner excelentísimas arengas en la boca de hombres nada Rhetoricos: Que dió nombres Griegos à los Rios remotísimos de la Asia: Que omitió la circunstancia del tiempo en la relacion de los sucesos: Que tomó un genero de estilo, mas proprio de un declamador, ù Orador, que de un Historiador: Que fue, en fin, mas Panegyrista, que Historiador de Alexandro, celebrando su damnable ambicion como si fuese heroyca virtud.

7 Verdaderamente son muchos defectos estos, no solo para un Historiador de los supremos creditos de Curcio, mas aun para un Escritor de mediana clase. Mas qué hemos de inferir de aqui? O que la critica se propasó en la censura, ò que es sumamente árduo escribir esenta de muchos defectos una Historia. Pero pareciendome à mí, que la acusacion de aquel Critico está bien probada en todas sus partes, me aplico à sentir, que el genio mas elevado, si se aplica al exercicio de Historiador, no está libre de caer en considerables defectos, para cuyo intento he traído el exemplo de Quinto Curcio.

§. III.

8 YO creo, que à los mas excelentes escritos les sucede lo mismo que à los hombres grandes, que parecen mucho menores en el trato próximo, y frecuente. No hay cosa alguna del todo perfecta. Pero à primera vista, ò à una proporcionada distancia, el resplandor de las excelencias esconde los defectos, los quales despues se descubren, ò à mayor cercanía, ò à mas atento examen.

9 Tambien es cierto, que los genios elevados están mas expuestos à algunos defectos, que los medianos. Aquellos, conducidos, ù de la viveza de la imaginacion, ù de la va-

len.

lentia del espíritu, suelen no reparar en algunos requisitos, que escrupulosamente observan los ingenios de mas baxa clase. Mas facilmente harín un escrito perfectamente regular estos, que aquellos. Estos no caen, porque no se remontan. Caminan siempre debaxo de las reglas. Siguen una senda humilde, que no pierde de vista los preceptos. Aquellos, dexandose arrebatados con vuelo generoso à mayor altura, suelen no ver lo que por mas baxo está mas distante. Tal vez es mas perfeccion apartarse de las reglas, porque se sigue rumbo superior à los preceptos ordinarios.

10 Mas no es este el caso en que estamos, ni por lo que mira à los defectos de Quinto Curcio, ni en orden à los peligros de la Historia. Yo tendré por un Fenix, no à quien evite todo genero de faltas, que eso me parece imposible; sino à quien no incida en alguna, ò algunas de las mas notables. Quien advirtiere bien la multitud de tropiezos, que se ofrecen en el curso de una Historia, no dexará de sentir conmigo.

§. IV.

11 E Mpezando por el estilo, que parece lo mas facil; ò que árduo es tomar aquel medio preciso, que se necesita para la Historia! ni ha de ser vulgar, ni poetico. Aun si el Escritor quiere contentarse solamente con huir de estos dos extremos, sin mucha dificultad lo logrará, especialmente si es de aquellos (como hay muchos), que están hechos à un mediano estilo, que ni se roza con la plebe, ni con las musas, igualmente distante del graznido de los cuervos, que del canto de los cisnes. Mas contentandose con esto dexa la narracion sin gracia, y la Historia sin atractivo. Este medio no es reprehensible, pero es insípido. Algunos de los que se meten à Historiadores, aun no llegan aqui; y son muy pocos los que pueden pasar de aqui. Esos pocos tienen muchos riesgos que evitar, y es sumamente dificil no incidir tal vez en uno, ú otro. La afectacion es el mas ordinario, y tambien el peor. Menos me disuena la locucion barbara, que la afectada: co-

mo parece menos mal una villana vestida con sus ordinarios trapos, que la que se llena toda de mal colocados dices. Aquella se viste à lo humilde; esta se adorna à lo ridículo. Quanto no es natural en el estilo, es despreciable. Los mismos colores, que siendo naturales en un rostro lisonjean la vista, quando se percibe que son imitados con ingredientes añadidos, mueven à asco.

12 Al lado del riesgo de la afectacion en el estilo anda otro riesgo, que es el que parezca al Lector afectacion la que no lo es. Algunos juzgan tan crasamente en esta materia, que piensan que para nadie es natural lo que no es natural para ellos. Tal vez la envidia hace decir al hablador grosero, que es estilo afectado el que no juzga tal: A manera de la mal condicionada dama, que por tener mal colorido levanta à otras de mejores colores, que todo es à fuerza de afeytes. Mas al fin los riesgos, que tiene un Escritor de parte de la ignorancia, ò envidia de los Lectores, son inevitables. Si se atendiese à esto, solo los ignorantes, y rudos tomarian la pluma en la mano. Contentese el que merece algun aplauso, con que lo merece, y con que no faltan quienes hagan justicia à su merito. Ni pretenda otro castigo al envidioso, que el que él mismo padece; pues nadie puede darle pena mas cruel, que la que le dá su propria pasion rabiosa, mordiendole continuamente el corazon.

§. V.

13 **E**L segundo riesgo del estilo sobresaliente es, que en vez de tomar la pluma hácia la cumbre del Olympo, tuerza el vuelo hácia la del Parnaso; quiero decir, que en vez de arribar à la sublimidad propria de lo historico, se extravíe à lo poetico. Cada clase de asuntos tiene sus locuciones correspondientes. Yo no asiento à la distribucion que ordinariamente se hace de los diferentes estilos à diferentes asuntos, por la parte que à la Historia le determina el medio entre el sublime, y el humilde. En la Historia cabe su sublimidad, aunque diferente de la de la Poesía; como tambien es diferente de esta la de la Oratoria. ¿Quién du-

da, que es sublime el estilo de Livio, el de Salustio, el de Tacito? Pero muy diversos todos tres, no solo del de Virgilio, del de Claudiano, y los demás Poetas heroycos, mas aun diversos entre sí. Engañase mucho quien coloca la sublimidad del estilo en un punto indivisible. Hay para la locucion muy diferentes galas, y la pluma se puede elevar por diversos rumbos. No tengo por tan difícil la sublimidad, ni en la Oratoria, ni en la Poesía, como en la Historia, porque en aquellas la frecuencia de tropos, y figuras dá por sí misma una representacion magnífica al estilo; en esta toda la elevacion han de costear la viveza de las expresiones, la natural energía de las frases, la profundidad de los conceptos, la agudeza de las sentencias, sin gozar las libertades, que gozan el Orador, y el Poeta, yá de que el hyperbole desfigure la verdad, yá de que el rapto de la imaginacion se malquiste con la integridad del juicio, yá de que la elevacion de la pluma dificulte en parte alguna à los ignorantes la inteligencia. Ciertamente, à mí no me parece tan admirable aquella dilatada, y hyperbolica, y pomposa descripcion, que hace Claudiano de la avaricia de Rufino, como la breve, enérgica, viva, natural expresion con que Tacito caracteriza en toda su extension la miseria de Galba: *Pecunia aliena non cupidus, sua parcus, publica avarus*. Ni la elegante pintura, que hizo Ovidio de los triunfos del vicio en la edad del hierro, me parece igual à la profundidad de aquella sentencia, con que Livio lamentó la ultima corrupcion del Pueblo Romano: *Ad haec tempora perventum est, quibus nec vicia nostra possumus pati, nec remedia.*

§. VI.

14 **E**L último riesgo de la elevacion del estilo se considera en la dificultad de mantenerla. Pero me parece, que por lo comun es injusta la censura, que se hace por este lado. He visto reparar mucho en si el estilo es igual, ò no, celebrando mucho al que tiene esta calidad, y vituperando al que carece de ella. Notase mu-

cho si cae, ò no cae. Pero antes se debiera observar, qué senda sigue la pluma, ¿Qué mucho que no caiga el que siempre anda arrastrando? De dónde ha de caer el que nunca se levanta? Por el otro extremo se debe reparar, que no es lo mismo baxar, que caer. El que toma vuelo, no tiene obligacion à saguir siempre la misma altura. Puede baxar à su arbitrio, pues lo hacen aun las Aguilas. ¿Qué importa, que descienda algo, si siempre queda muy superior al que nunca se aparta del suelo? Los que ponen cuidado en no baxar, en eso mismo muestran, que no suben muy arriba, porque esa escrupulosa vigilancia es agena de un espíritu sublíme. Este fia las alas al viento, dexando à cuenta de su imaginacion el rumbo. No forceja por mantenerse en aquel punto donde ha subido, porque ese mismo estudio es desayre del estilo. Mejor vista tiene una negligencia decorosa, que una elevacion violenta. Debe tambien hacerse cuenta de que à nadie pueden ocurrirle siempre iguales locuciones. ¿Y qué ha de hacer? Soltar la pluma, hasta que vengan frases igualmente enérgicas, ù delicadas, que las antecedentes. ¿Qué cuidado, ò qué fatiga mas ridicula, que la de estar siempre un Escritor con el cordel en la mano, para medir la altura en que se ha puesto su estilo, respecto del humilde, à fin de no perder jamás un punto de aquella distancia? Asi yo este defecto no le hallo en el que escribe, sino en el que censura. Pero la iniquidad del que censura, es riesgo para el que escribe.

15 Fuera de esto, la diferencia de los objetos, produce por sí misma esta desigualdad. Hay unos, que por su naturaleza encienden la idéa, y arrebatan la pluma. Otros, que dexando la imaginacion quieta, solo se entienden con el buen juicio. Unos, donde dicen bien las expresiones magestuosas; otros, en quienes estas fueran ridiculas. Estragará à mi entender el estilo, quien siempre no diere en él mucho mas à la naturaleza, que al arte.

16 Hagome cargo, de que el primor del estilo no es de esencia de la Historia; pero es un accidente que la

ador-

adorna mucho, y que la hace mas util. Léenla muchos, hallandole este saynete, que no la leyeran sin él. Las especies tambien se imprimen mejor, porque abraza bien la memoria lo que se lee con deleyte, como el estomago lo que se come con apetito. Infinitos saben los sucesos de la conquista de México, que los ignoráran, à no haberlos escrito la hermosa, y delicada pluma de Don Antonio de Solís. En fin, Luciano, que dió excelentes reglas para escribir Historia, en el tratadillo, que escribió à este intento, prescribe para ella estilo claro, pero elevado; de modo, que llega à rozarse con la grandiloquencia poetica.

§. VII.

17 **P**ERO dexemos norabuena à parte el estilo, y exáminamos al Historiador de este cuidado. ¿O cuántas syrttes le restan en la navegacion de este pielago! Cuánta rectitud de juicio es menester para separar lo util de lo inutil! Si quiere decirlo todo, fatigará con superfluidades los ojos, y memoria de los Lectores. Si elige, se expone à condenar con lo superfluo algo de lo importante. La prolixidad, y la nimia concision, son dos extremos que debe huir. A qualquiera de los dos que se arrime, ò incurrirá en la nota de cansado, ù dexará la narracion confusa, y es para pocos acertar con el medio justo. Las digresiones son adorno para la Historia, y descanso para el Lector. Pero si son frecuentes, ò muy largas, ò impertinentes, ò mal introducidas, se convierte en fealdad lo que debiera ser hermosura. Gran pulso es menester para no exceder en ellas, ni faltar. El método en ningún escrito es tan difícil como en el Historico. Si se atiende à no perder la série de los años, se destroncan los sucesos. Si se procura la integridad de los sucesos, se pierde la série de los años. Es arduismo texer uno con otro el hilo de la Historia, y el de la Chronología; de modo, que alguno de ellos no se corte, ò se obscurezca. A veces los sucesos se embarazan tambien unos à otros, porque ocurre, que al llegar al medio de una narracion, que has-

hasta allí corría sin embarazo, es menester prevenir todo el resto con otros acaecimientos posteriores al principio de ella, y anteriores al fin. Lo peor es, que no pueden darse reglas para vencer estos tropiezos. Todo lo ha de hacer el genio, la comprehension, la perspicacia del Escritor. De aquí depende acertar con el lugar donde se ha de colocar cada cosa, y con el modo de colocarla. Si falta el genio, no puede hacerse otra cosa, que lo que veo hacer à algunos en este tiempo: componer unas historias gacetales, donde se dán hechos gigote los sucesos.

18 *Para lograr el bello orden en la Historia (dice el Señor Arzobispo de Cambray, citado arriba) es menester, que el Escritor la comprehenda, y abrace toda en la mente, antes de tomar la pluma: que la vea en toda su estension como de una sola ojeada: que la vuelva, y revuelva de todos lados, hasta encontrar su verdadero punto de vista; todo esto à fin de representar su unidad, y derivar como de una fuente sola todos los sucesos principales que la componen. Y mas abaxo: Un Historiador, que tiene genio, entre veinte lugares sabe elegir el mas oportuno para colocar un hecho; de modo, que puesto allí dé luz à otros muchos. A veces un suceso, mostrado con anticipacion, facilita la inteligencia de otros, que le precedieron en el tiempo. A veces otro logrará mejor luz reservandole para despues. Todo esto está bien dicho, y todo muestra las grandes dificultades, que hay en escribir bien una Historia.*

§. VIII.

19 **P**ERO la mayor arduidad está en acertar con lo que mas importa; esto es, con la verdad. Dixo bien un gran Crítico moderno, que la verdad historica es muchas veces tan impenetrable, como la phylosophica. Esta está escondida en el pozo de Democrito; y aquella, yá enterrada en el sepulcro del olvido, yá ofuscada con las nieblas de la duda, yá retirada à espaldas de la fabula. Creo se puede aplicar à la Historia lo que Virgilio dixo de

de la Fama, porque son muy compañeras, y aquella muy frecuentemente hija de esta:

Tàm ficti, pravique tenax, quàm nuntia veri.

20 De aquí tomaron algunos ocasion, para desconfiar de las mas constantes Historias, y otros audacia para impugnar las mas seguras noticias. Aquel famoso Phylосоfo Campanela decia, que llegaba à dudar si hubo en algun tiempo tal Emperador llamado Carlo Magno. Carlo Sorel, no solo niega à Faramundo la Conquista, y Reynado de Francia, mas tambien le duda la existencia. En la República de las Letras se cuenta de un hombre, que le aseguró à Vosio tenia compuesto un Tratado, en que con invencibles razones probaba, que quanto en los Comentarios de Cesar se decia tocante à su guerra en las Gallias, era falso, mostrando de mas à mas, que nunca Cesar habia pasado à los Alpes. Un Anonymo, no habiendo aun pasado cien años despues de la muerte de Enrico III de Francia, se atrevió à afirmar en un Escrito intitulado: *La Fatalité de Saint Cloud*, que à aquel Principe no le habia quitado la vida de Jacobo Clemente. Tales monstruos, yá de desconfianza, yá de osadía, produce la incertidumbre de la Historia.

21 **A** Tres principios reduce Séneca la falta de verdad en las Historias, que son, credulidad, negligencia, y mendacidad de los Historiadores: *Quidam creduli, quidam negligentes sunt: quibusdam mendacium obrepit; quibusdam placet: illi non evitant, hi appetunt.* (lib. 7. Natur. Quæst. cap. 16.) Faltóle señalar otros dos principios, que son à veces la imposibilidad de comprehender la verdad, y à veces la falta de critica para discernirla.

22 Los Historiadores mentirosos hacen que otros sin serlo refieran muchas fabulas. Parece que lo mas à que puede estenderse la diligencia de un escritor, que refiere sucesos muy remotos de su siglo, es buscar los Autores, que vivieron en aquel tiempo, ó en el inmediato,

to, y copiarlos fielmente. ¡Pero cuántas veces la adulación, ò el odio les tuerce à estos la pluma! El primer defecto notó Tacito en los que escribieron las cosas de Tiberio, Cayo, Claudio, y Neron, viviendo estos Cesares; y el segundo en los que las escribieron poco despues que la muerte los habia arrebatado: *Tiberii, Caiique, Claudii, ac Neronis res, florentibus ipsis, ob metum falsa, postquam occiderant, recentibus odiis composita sunt.* Quanto los Historiadores están mas cercanos à los sucesos, tanto mas próxima tienen à los ojos la verdad para conocerla; pero en el mismo grado son sospechosos de que varios afectos los induzcan à ocultarla. El miedo, la esperanza, el amor, el odio son quatro vientos fuertes, que no dexan parar en el punto de la verdad la pluma. Valgan dos exemplos por mil, Veleyo Paterculo, Historiador Romano, y Procopio, Griego. Aquel, habiendo escrito con excelencia las cosas de Roma de los tiempos anteriores, llegando al suyo manchó la Historia con torpes adulaciones à Tiberio, y à su valido Seyano, colmando de altísimos elogios à los dos hombres mas pérfidos, y flagiciosos, que conocía aquella edad. Procopio en su *Historia Secreta* pintó al Emperador Justiniano, y à la Emperatriz Theodora los mas abominables Principes de la tierra. Vivió Paterculo debaxo de Tiberio, y Procopio de Justiniano, hombres entrambos de calidad, y de empleos considerables: no podían ignorar la realidad de las cosas; pero à uno la ojeriza, à otro la dependencia los apartaron igualmente de la verdad.

Por esta razón el señor Du-Haillan, noble Historiografo Francés, terminó su Historia General de Francia en la muerte de Carlos Septimo, sin tocar con la pluma en los Monarcas inmediatos à su tiempo. Pero oygamosle à él mismo en el Prologo de su Historia, porque está admirable à nuestro proposito: *Ponque todas las Historias (dice) que hablan del Rey Francisco Primero, fueron compuestas en su tiempo, ò en el de Enrico su hijo; los que las escribieron se estendieron mas en su elogio de lo que cor-*

respondia à su merito (bien que fue un Rey grande, y excelente), ni à la obligacion de la Historia, ni à la verdad. En este vicio caen todos aquellos, que escriben la Historia de su tiempo, y de los Principes à quienes obedecen. ¿Por que quién se atreverá à tocar en los vicios de su Principe, ni à reprehender sus acciones, ò las de sus Ministros, ni à descubrir los artificios, los engaños, las deslealtades, que se cometieron en su Reynado, ni à decir, que su Principe hizo tal injusticia, cometió tal torpeza: que aquel personage huyó en una batalla, que el otro hizo tal traycion, otro tal latrocinio? No se hallará alguno tan atrevido que lo haga. Veis aquí por qué los que escriben la Historia de su tiempo son agitados de diversas pasiones, que los obligan à mentir abiertamente, ò à favor de su Principe, ò de su Nacion, ò contra sus enemigos.

24. Acuerdome à este proposito del dicho del Pescennio Niger à uno que quería recitar un panegyrico en su alabanza: *Escribe (le dixo) los elogios de Mario, ò de Anibal, ò de algun otro excelente Capitan, que esté yá muerto, porque alabar à los Emperadores vivos, de quienes se espera, ò à quienes se teme, mas es irrision, que obsequio.*

25. **L**O que hemos dicho de los que escriben la Historia de su tiempo se puede aplicar igualmente à los que refieren las cosas de su País. Creense estos mas bien instruidos; pero al mismo tiempo se rezelan mas apasionados. De modo, que la verdad navega en el mar de la Historia siempre entre dos escollos, la ignorancia, y la pasion. En lo que no toca al Historiador muy de cerca, suele faltarle la noticia: en lo que le pertenece, y mira como suyo, habla contra la noticia el afecto. Polybio notó, que Fabio, Historiador Romano, y Fileno, Cartaginés, están tan opuestos en la narracion de la guerra Púnica, que en aquel todo es gloria de los Romanos, è ignominia de los Cartaginenses: en éste todo gloria de los Cartaginenses, è ignominia de los Romanos.

26 De aquí es el embarazo, que à cada paso ocurre en el cotejo de diversas Historias sobre unos mismos hechos. ¿Quién, pongo por exemplo, sabrá mejor lo que pasó en las guerras entre Españoles, y Franceses, que los mismos Franceses, y Españoles? Vamos à vér los Escritores de una, y otra Nacion, y los hallamos à cada paso encontrados, así en los motivos, como en los hechos. ¿A quiénes se ha de creer? No es facil decidirlo. Lo que se sabe bien es, quién, y à quiénes cree. El Español cree à los Españoles, y el Francés à los Franceses. La misma pasion que à los Historiadores induce à escribir, es regla que determina los Lectores à creer.

27 No solo un enemigo milita contra la verdad en los Escritores Nacionales. Quiero decir, que no solo el amor, mas tambien el temor los hace apartar del camino derecho. Quando no los ciega la pasion propia, tropiezan en la agena. Saben que ha de ser mal vista entre los suyos la Historia, si escriben con desengaño. ¿Y quién hay de corazon tan valiente, que se resuelva à tolerar el odio de la propia Nacion? Donde no se atraviesa el interés de la bienaventuranza eterna, siempre se hallarán muy pocos martyres de la verdad.

28 El exemplo de nuestro grande Historiador el Padre Juan de Mariana servirá poco para que otros le imiten; ò por mejor decir, será estorvo para que lo hagan. Fue aquel Jesuíta muy amante de la verdad: tomola por blanco de su Historia. Pero el no ser parcial, que es en un Historiador la mayor gloria, lo torcieron, y tuercen aún muchos nacionales para la ignominia. Calumnianle de desafecto à su pátria, como si el ser afecto dependiera de ser adulador, ò mentiroso. Aun mas adelante pasan. La pasion, que reyna en los que le culpan, quieren transfundir en el mismo Autor, acusandole de afecto à la Francia. Y yo lo creyera, si no le viera mas maltratado por los Franceses, que por los Españoles. Es hecho constante, que su libro *de Rege, & Regis institutione*, con autoridad de la Justicia, fue quemado en París por mano del

Verdugo. ¿Y esto por qué? Porque reprehendió en él la conducta de Enrico Tercero, Rey de Francia. Así que en una, y otra Nacion le hizo daño al Padre Mariana el ser desengañado, y sincero. En España quisieran, que solo escribiera glorias de la Nacion: en Francia, que no tocasse en el pelo de la ropa à su Rey Enrique. De este modo no hace otra cosa el mundo, que poner tropiezos à la verdad de la Historia, y aquellos pocos, que se hallan dispuestos à escribirla por la integridad propia, se vén embarazados con la pasion agena.

29 No solo la propia Nacion, tambien las estrañas procuran torcer los Historiadores hácia sus intereses, ò yá con la recompensa, ò yá con el resentimiento. Ninguno lisonjeó mas à los Venecianos, que Marco Antonio Sabelico, que no era Veneciano. Escribió la Historia de Venecia en qualidad de Panegyrista. Era estraño, pero el oro de la República (segun cuenta Julio Cesar Scaligero) le hizo propio. Por el contrario, los mismos Venecianos manifestaron sus quejas à Juan de Capriata, noble Historiador Genovés, por algunas narraciones suyas, que hallaban poco favorables à sus armas. Pero lo que este Escritor respondió à sus quejas es digno de que todos lo copien para casos semejantes: *Quexense (dixo) los Venecianos de la fortuna, y no de mí; pues habiendoles sido los acontecimientos de la guerra muy dolorosos, no puedo yo escribirlos de modo que los encuentren gratos.*

§. XI.

30 EL partido de Religion no es menos eficaz, que el Nacional, antes mucho mas para desviar la verdad de la Historia. Horrorizan las imposturas, con que algunos Historiadores Protestantes manchan las personas de muchos Papas. La ficcion de adulterios, simonias, homicidios, ha sido poca para satisfacer su odio contra la Suprema Cabeza de la Religion Catholica. A crímenes mas feos se estendió su furor, aun respecto de Papas sumamente venerables por su virtud. ¿Que no imputaron al